

1833. Una oportuna invitación de H. Froude, que proyecta un viaje por el Mediterráneo para restablecer su quebrantada salud, propicia la rápida decisión de acompañarle. Será la primera salida de Newman fuera de Inglaterra.

El 2 de diciembre, Newman pronuncia un sermón universitario que es el último de una primera serie de nueve, dedicados a las relaciones entre razón y fe. Este sermón, titulado *Wilfulness, the Sin of Saul*, contiene la versión newmaniana —más personalizada, menos *tory* y más ceñida a lo religioso— del Sermón *National Apostasy* que Keble pronunciará siete meses después.

Los viajeros visitan Gibraltar, Malta, Corfú, de nuevo Malta y por fin Sicilia, que provoca un "raptó inexpresable" en el alma de Newman. No así Nápoles, frívola y disipada para el celoso anglicano que respira severidad hacia lo que estima triste deterioro del cristianismo. Roma suscita sentimientos encontrados, aunque en la correspondencia de estos días resulta dominante la calificación de "primera ciudad", por encima incluso del querido Oxford.

Mientras Froude retorna con su padre a Inglaterra, Newman decide volver de nuevo a Sicilia, y allí le acomete una enfermedad febril que está a punto de terminar con su vida. Al final todos los acontecimientos de estos meses convergen en un punto y ratifican la convicción que desde hace algún tiempo se viene afirmando en su ánimo. Está ya claro que le espera una tarea en Inglaterra: la misión de salvar la dormida y al mismo tiempo vejada Iglesia anglicana.

Muchas experiencias de Newman originadas y vividas durante este período se reflejan, junto con otras más próximas a la conversión, en la novela autobiográfica *Loss and Gain*, reimpressa hace pocos años por Garland Publishing Inc., New York and London, 1975, 386 pp. La novela en cuestión (publicada en 1848) aparece en la Garland Series titulada "Victorian Fiction: Novels of Faith and Doubt", unida en un mismo volumen con *Callista*, otra narración novelada escrita por Newman en 1855 (296 pp.).

*Loss and Gain* cuenta la historia de Charles Reding, cuya trayectoria espiritual desde un convencional aglicanismo hasta las puertas de la Iglesia Romana, retrata el desarrollo interior del mismo John Newman.

JOSÉ MORALES

Iohannes BEUMER, *El método teológico*, Madrid, Ed. Católica, (Col. "Historia de los dogmas", t. 1, cuaderno 6), 1977, 129 pp., 18 × 26.

Esta obra de Beumer se integra en la "Historia de los dogmas", dirigida por M. Schmaus, A. Grillmeier y L. Scheffczyk, de la que constituye el último de los cuadernos del tomo primero, cuyo tema general

es "la existencia de la fe". Los títulos de los cinco cuadernos que la preceden son: *La Revelación*; *La Fe y el conocimiento de Dios*; *Teología de la Sagrada Escritura (canon, inspiración, hermenéutica)*; *La Tradición oral como fuente de la Fe* y, finalmente *El dogma y el desarrollo dogmático*. Como puede verse por la simple enumeración de esos títulos, el esquema del primer volumen de la "Historia de los dogmas" es claro y lógico; sólo un punto, que se refiere precisamente al cuaderno que nos ocupa, suscita una cierta duda: nada más natural, en efecto, una vez expuesto cuanto se refiere al dogma y al desarrollo dogmático, que hablar de la Teología, como hace la presente "Historia de los dogmas", pero, ¿por qué abordar esa cuestión tratando del método teológico y no más bien de la Teología en cuanto tal, y por tanto de su naturaleza?

Sin pretender agotar las razones que hayan llevado al equipo director del proyecto a adoptar esa decisión, tal vez quepa aventurar algunas: el deseo de ofrecer una exposición amplia, que no se limite a cuestiones teoréticas, sino que descienda a los problemas concretos y prácticos que implica el trabajo científico o, en otra línea, la preocupación por evitar un planteamiento de escuela que, tomando como paradigma una noción de Teología demasiado estructurada y peculiar, haga difícil captar la variedad y riqueza que ofrece la realidad histórica.

Estas razones, y otras análogas, son válidas. Sin embargo, no deben ocultar otra faceta del problema, que el propio Beumer señala al comenzar el capítulo dedicado al método en el período patrístico: "una exposición del método teológico en la época de los Padres tiene que partir de lo que era teológico en aquel tiempo" (p. 16). Esa afirmación tiene un alcance que trasciende lo meramente circunstancial ya que posee una validez absoluta: hay una relación íntima y esencial entre el método de la Teología —y, en general, de una ciencia— y la comprensión que hemos alcanzado acerca de la naturaleza de la actividad que designamos con ese nombre. La historia del método teológico está por eso íntimamente ligada a la historia de la conciencia que los teólogos han tenido acerca de la labor que desarrollaban o intentaban desarrollar, de forma que resulta imposible abordar el estudio de uno de esos temas sin enfrentarse a la vez con el otro.

Para realizar una historia del método teológico resulta por eso necesario, a nuestro juicio, proceder primero a una amplia reflexión sobre el tema de la naturaleza de la Teología, y eso debe manifestarse en una obra que intente plasmar los resultados de esa investigación, que ganará, por tanto, en hondura e incisividad si comienza por un capítulo introductorio que sitúe la pregunta sobre la Teología y describa las posiciones que pueden adoptarse al respecto, no ciertamente para elegir una de ellas y prescindir de cuanto no se mueva en esa línea, sino para señalar las dimensiones reales y profundas del problema y dotar al lector de la perspectiva necesaria para captar y calibrar lo que la investigación histórica vaya aportando acerca de cuanto los diversos

teólogos han escrito sobre el método, y del método que han practicado, aunque no se detuvieran a escribir sobre él.

Iohannes Beumer ha tratado en otras obras de la naturaleza de la Teología (ver en especial su *Theologie als Glaubensverständnis*), pero en ésta se introduce de inmediato en la narración histórica. Tal vez por eso el libro, aunque aporte visiones sugerentes, numerosos datos y una cuidada bibliografía —predominantemente alemana—, no acaba de poseer una osatura unitaria y el tono de la exposición oscila al pasar de unos autores a otros, poniendo a veces el acento en el tema del método, en otras en la concepción de la Teología y en otras, finalmente, en la aportación que el autor de que se trata ha realizado en alguno de los campos o materias teológicas.

Razones metodológicas aparte, un hecho capital explica esas características del libro de Beumer: la inexistencia de precedentes historias del método teológico, más aún la escasez de Historias de la Teología. Frente a la abundancia de Historias de la Filosofía, el pequeño número de Historias de la Teología —quizá como consecuencia de la casi universal ausencia de esta disciplina en los planes de estudio, hasta hace muy pocos años, y aún hoy— resulta llamativo. En este sentido la obra de Beumer constituye una aportación, que invita a dar nuevos pasos en esta línea.

Por lo demás, la exposición del pensamiento de los diversos autores estudiados, está hecha con claridad y rigor. El esquema que sigue la obra es el clásico: después de un capítulo inicial dedicado al método teológico según la Sagrada Escritura, debido no a Beumer sino a Lodewijk Visschers, y del que luego hablaremos, se ocupa de los Padres (cap. II), distinguiendo entre prenicenos y postnicenos y, dentro de estos últimos, entre orientales y occidentales; después pasa a hablar de la escolástica medieval (Cap. III) y de la Teología en la Edad moderna —en realidad, en la moderna y contemporánea, ya que este apartado llega hasta fines del siglo XIX—, estudiando por separado a los autores católicos y a los protestantes (cap. V), para concluir con un capítulo final (el VII) dedicado a la Teología en nuestros días. Quizás las mejores páginas sean las dedicadas a Clemente de Alejandría, a Orígenes, a San Anselmo, a Melchor Cano, a Veronio, y a Scheeben, por quien Beumer no oculta su admiración. Entre los puntos que, a nuestro juicio, resultan menos conseguidos se encuentran los párrafos en los que se intenta esbozar una descripción general de la Teología en la época de los Padres (p. 16-17); la presentación de la Teología tomista como “una Teología de conclusiones”, lo que, a nuestro parecer, no es exacto (pp. 75-77), y la brevedad de la referencia al humanismo y al Renacimiento, que resulta demasiado escueta, y no alcanza a poner de manifiesto toda la importancia que tuvo esa encrucijada cultural en la historia de la Teología (cfr. p. 92).

En dos momentos —capítulos IV y VI— Beumer interrumpe la descripción del método que los teólogos han practicado, o de lo que han escrito sobre él, para exponer las enseñanzas dadas al respecto por el Magisterio eclesiástico. Se trata sin duda de un acierto, que completa la obra en un punto decisivo. Tal vez hubiera ganado en eficacia esa aportación si esas enseñanzas en lugar de estar agrupadas en dos capítulos, hubieran sido expuestas siguiendo más exactamente el hilo cronológico, ya que así se hubiera puesto más claramente de relieve no sólo la preocupación que subyace a algunas intervenciones magisteriales, sino, sobre todo, la mutua interacción que existe entre el método teológico y la conciencia que la Iglesia tiene respecto a la forma como está presente en ella la Palabra de Dios. Lo que, dicho sea de paso, nos permite advertir otra nueva razón de la complejidad de una historia del método teológico, que se nos presenta, desde este punto de vista, íntimamente vinculada al estudio del progreso y de los avatares de la ecle-siología.

Volvamos, para terminar, al primer capítulo, que forma en realidad una unidad *a se*, distinta del resto del libro, no sólo por ser debido a otra pluma —la de L. Visschers—, sino, sobre todo, por obedecer a presupuestos diversos de los de Beumer. Su título —“el método de la Teología según la Escritura”— es ambivalente, puesto que podría aplicarse tanto a una exposición de las enseñanzas que respecto al método teológico se deducen de la Escritura, como a la tesis según la cual en la Escritura se contiene ya Teología, ya que, teniendo en cuenta que el proceso de tradición que confluye en la Escritura implica asimilación personal, pensamiento y reflexión, parece legítimo concluir que la Escritura es no sólo kérigma, sino también Teología. Este segundo sentido de la expresión es el que Visschers hace suyo en el capítulo que nos ocupa, interpretándolo desde un planteamiento en el que se advierte una clara influencia de Bultmann y, sobre todo, de Rahner. No es este el momento de realizar una crítica de las teorías sobre la “precomprensión”. Digamos sólo que son, a nuestro juicio, gnoseológica y teológicamente desacertadas, y que ese hecho repercute en los análisis de Visschers, que resultan en gran parte desenfocados. Por lo demás, si damos a la palabra Teología un sentido amplio, hasta el punto de aplicarla a todo pensar fundado en la Palabra de Dios, puede ciertamente hablarse de Teología respecto a los autores bíblicos, puesto que los libros sagrados presuponen en su origen hombres verdaderos, dotados de inteligencia y razón; de todos modos, si tenemos presentes las diferencias entre su situación y la nuestra —diferencias debidas no sólo a su cercanía cronológica respecto a los acontecimientos de la historia de la salvación y especialmente a Cristo, sino también a los carismas de la época bíblica y apostólica y particularmente al carisma de la inspiración—, se advertirá la conveniencia de utilizar un lenguaje que respete mejor las peculiaridades de las diversas etapas de la historia de la Revelación y de la Iglesia. En otras palabras, la voz

Teología tiene un sentido preciso y técnico sólo si la aplicamos a la época postapostólica, y una historia del método teológico debe empezar a partir de ese momento, reservando a otros tratados —el de la inspiración y el de la hermenéutica bíblica— el estudio de la Escritura.

JOSÉ LUIS ILLANES-MAESTRE

Armando BANDERA GONZÁLEZ, *Comunión eclesial y humanidad*, Salamanca, Ed. San Esteban ("Estudio Teológico de San Esteban, Glosas", n. 3), 1978, 280 pp., 13,5 × 21,5.

Los trabajos del P. Bandera sobre eclesiología se han ido multiplicando a raíz del Concilio Vaticano II, buscando precisamente una exposición y profundización de las cuestiones de Ecclesia a partir del magisterio conciliar. Primero fue *La Iglesia misterio de comunión* (a. 1965) y después *La Iglesia imagen de Cristo* (a. 1970) y *La Iglesia sacramento del mundo* (a. 1971). El que ahora nos ofrecen las "Glosas" del Estudio Teológico de San Esteban tiene a estos en su sustrato teológico y pretende mostrar cómo el misterio de comunión que es la Iglesia está, por su naturaleza más íntima, abierto a la entera humanidad. El origen de la obra, como dice el autor en el prólogo, arranca de dos ponencias presentadas a la Semana de Misionología de Burgos del año 1972, que han sido reelaboradas y prolongadas hasta dar lugar al libro que comentamos.

La obra tiene dos partes, tituladas, respectivamente, *Perspectivas de la comunión eclesial* y *La Iglesia-comunión y la Iglesia-misión*. La primera comienza con una exposición del tema en sí mismo, en el que destaca el estudio de la *communio* según el Nuevo Testamento: el autor hace notar que una auténtica teología bíblica del tema no puede limitarse a los lugares que hablan explícitamente de *koinonia*, sino que debe buscar la perspectiva abarcante que domina toda la revelación bíblica del misterio. No es la *koinonia* un tema junto a otros, sino una fundamental dimensión del plan divino de salvación. La exposición, sintética y profunda, logra mostrar que efectivamente es así. El autor, por otra parte, como demostró en la primera de las obras citadas más arriba, tiene un sólido conocimiento de la teología de Santo Tomás sobre el tema, lo que le permite esa serenidad y equilibrio de pensamiento que se adquiere en la escuela del Doctor Común.

La comunión aparece en esta primera parte como efecto de la palabra convocante de Dios en Jesucristo, que encuentra respuesta, por la gracia, en el hombre a través de la vida teologal: fe, esperanza y caridad. El servicio a esa vida teologal del hombre es el que debe presidir el "dinamismo de la comunión eclesial", segundo capítulo de esta